

La Campana

Narración de Eesha Sardesai

Era la tarde. El sol estaba suspendido justo por encima del horizonte, su luz creaba un brillo rosa-dorado sobre la vasta porción de tierra que en los últimos dieciocho días había sido el campo de batalla de Kurushetra. La atmósfera era tranquila, casi sobrenaturalmente calmada, un marcado contraste con lo sucedido los días anteriores. Se había librado una gran guerra en esta tierra, un *dharma yuddha*, una guerra para elevar el dharma, la culminación de la feroz batalla definida por el *Mahabhárata* entre la luz y la oscuridad, entre la virtud y la maldad.

Los Pándavas, los cinco hermanos que justamente reclamaban el trono por el cual se había peleado esta guerra, resultaron victoriosos sobre los Káuravas, su propia estirpe, sus familiares que habían buscado usurpar ese trono. La victoria de los Pándavas fue un triunfo inequívoco de la rectitud; aun así, no llegó sin pérdidas y sacrificios significativos.

Uno de los hermanos Pándava, el poderoso guerrero Arjuna, caminaba en ese momento por el campo de batalla. Con él estaba Shri Krishna, la encarnación del Señor, quien había conducido la carroza de Arjuna durante la guerra.

Arjuna tenía el rostro sombrío y triste mientras caminaba por los alrededores. En algunos lugares el polvo literalmente aún no se asentaba; había nubes de éste flotando sobre las ruinas, mezclándose con las cenizas de las fogatas improvisadas que se habían encendido cada pocos metros.

Pasaron por una carroza que se había volcado. Las ruedas estaban astilladas, con los picos apuntando en todas direcciones. Una bandera, que alguna vez habría ondeado orgullosamente sobre la carreta, ahora colgaba caída y rasgada de un asta doblada.

Arjuna no pudo contener su desesperanza.

—Oh Krishna —dijo con voz ronca y conmovedora. —Te he escuchado. He hecho lo que dijiste y he peleado esta guerra.

Arjuna se refería a lo que había sucedido justo antes de que la guerra empezara. En ese momento, la duda había invadido su mente; estaba angustiado por el panorama de pelear contra su propia familia, y su resistencia se había acrecentado. A lo largo de dieciocho capítulos de estrofas y sabiduría que se convertirían en la *Shri Bhagavad Gita*, el Señor Krishna recordó a Arjuna su deber. Con cada enseñanza impartida, las justificaciones de Arjuna se fueron mitigando; su entendimiento había aumentado. Eventualmente, aceptó la verdad de las palabras del Señor, y fue a pelear valientemente.

Sin embargo, aún había algo más que enfrentar con las consecuencias de la guerra, de ver de cerca la devastación, de haberla vivido. Al mirar Arjuna el campo de batalla, se sintió abatido. Había entendido y aceptado su dharma; también lo había cumplido. Pero ahora peleaba con todo lo que ello conlleva, los diferentes aspectos terribles e incómodos de hacer lo que es virtuoso en un mundo plagado de fuerzas que instigan a lo opuesto.

—Mira todo lo que ha dejado esta batalla —se quejó con Krishna.

—¡Tanta muerte! ¡Tanta destrucción! La humanidad se ha quebrantado. El mundo está deshecho. En estas circunstancias ¿quién está a salvo? ¿Quién está protegido? ¿Quién puede encontrar refugio en el dolor y la insensatez? ¿Está Dios siquiera mirando?

El Señor Krishna escuchó el discurso quejumbroso de su amado discípulo. Permaneció quieto. Podía intuir que, por la forma en que Arjuna se expresaba, aún tenía más por decir.

Como lo supuso, Arjuna prosiguió. —No creo que nadie esté a salvo —dijo, mientras su tono se iba agitando.

—No veo cómo alguno pueda estar protegido. ¿Cómo pueden estarlo? ¿Quién está aquí para protegerlos?

Arjuna continuó de esta manera por algún tiempo, preguntando, protestando, mirando y rogando al cielo. Finalmente, el Señor Krishna habló.

—¿Es eso lo que realmente piensas Arjuna? ¿Que nadie está protegido? — Preguntó.

Arjuna, con un ademán y sin palabras, señaló el terreno devastado y humeante a su alrededor.

—En ese caso —dijo el Señor —ven conmigo.

Llevó a Arjuna hacia más adentro del campo de batalla, hasta que llegaron a una gran porción de tierra que se veía especialmente dañada. Estaba un poco hundida y atravesada por grietas. Muchos guerreros debieron haber caído en esa tierra, y utilizado muchos *astras*, armas violentas y sobrenaturales.

A pocos pasos se encontraba un árbol pequeño. Se había quemado durante la guerra, y apenas tenía unas cuantas hojas. Todo lo que quedaba unido a su largo y delgado tronco era una débil rama. Sobre ella, estaba parada una pequeña golondrina, con sus ojos moviéndose rápidamente de aquí para allá, como si estuviera a la espera de algo.

—Ahí —dijo Krishna a Arjuna, señalando la lejana orilla del área hundida. — ¿Ves eso?

Arjuna dio unos pasos hacia adelante y miró en la dirección que Krishna señalaba. Una campana de latón yacía en el suelo, con un cordón rojo atado en la parte superior. Se debe haber desatado del cuello de alguno de los animales que se usaron en la batalla (un caballo o quizá un elefante). La campana cayó bocabajo.

Arjuna caminó y se inclinó junto a la campana. Vio que estaba intacta, solo había una fina capa de polvo en su superficie.

—Creo que escucho algo —dijo de pronto Arjuna. Se flexionó más cerca, presionando su oído contra el metal. Era muy débil, pero sí, sin duda, algo había ahí. Una clase de sonido rasposo.

—¿Y? —Expresó el Señor. Sus ojos brillaron. —Continúa, mira qué hay dentro. Levanta la campana.

Arjuna siguió el mandato del Señor, alargando la mano hacia la campana y levantándola lentamente. Lo que vio le hizo expresar gran sorpresa.

—Mira —le dijo a Krishna.

Debajo de la campana, descansando cómodamente sobre un montón de tierra, había un pequeño huevo. En un lado tenía cuarteaduras en zigzag que se hacían más grandes y profundas a cada segundo, como si algo dentro empujara hacia afuera: el huevo estaba eclosionando.

El Señor Krishna y Arjuna primero vieron la punta de un pico amarillo y afilado, y después la cabeza, un ala, y finalmente el polluelo se empujó fuera del huevo. Sus ojos estaban cerrados y se estremecía violentamente aclimatándose a su nuevo entorno.

En ese momento, sonó un aleteo. La golondrina del árbol cercano voló cerca de su polluelo. Envolvió al bebé con su ala, y así dejó de temblar.

Arjuna miró al Señor, quien observaba con una sutil sonrisa en su rostro ese tierno momento entre madre e hijo. El Señor miró hacia arriba y sus ojos encontraron los de Arjuna. Silenciosamente, Arjuna inclinó la cabeza. Juntó las manos en *pranam*.

Bajo la luz de la tarde, el polvo y el humo que flotaban sobre el campo de batalla habían tomado una apariencia nebulosa y brillante. La mamá pájaro siguió abrazando a su bebé. El Señor Krishna y Arjuna, con una última y prolongada mirada a las aves, siguieron su camino.

Esta historia está inspirada en un conocido cuento de la tradición de la India, que se narra en textos como el Markandeya Purana.

